

su carácter altivo, desempeñar el papel de Bar-
radas, no quiso prestar ayuda á la infamia de la
intervencion. Esos son los hombres que nos ha-
cen amar al pueblo moderno; esos son los legí-
timos lazos de parentesco que nos unen á Espa-
ña. Sobre todo, el lema de los mexicanos es el
que dejó el gran Morelos, cuando dijo en Aca-
pulco, al recibir el castillo rendido por el gover-
nador español: “*¡Viva España hermana; no domi-
nadora de América!*”

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

INTRODUCCION.*

A mi estimado amigo el popular poeta

JUAN DE D. PEZA.

Es en la noche: á la apacible calma
De una tarde de Abril grata y serena,
Sucedíose el bramido de los vientos,
Precursora señal de la tormenta.

Los árboles añosos, sacudidos
Por el recio huracan, se balancean;
Y de sus ramas las medrosas aves
Huyen, buscando abrigadoras peñas.

* La favorable acogida que obtuvo este romance cuando se dió á la estampa, decidió al autor á acometer la tarea de escribir un poema al primer héroe mexicano de la antigüedad. Sin que crea haber dado cima á la obra, presenta hoy su trabajo como un testimonio de admiracion á aquel invicto caudillo de Anáhuac, y nada más; y si le pone al poema como introduccion este roman- ce, es como un justo tributo de cariño al elegante y sentido poeta á quien está dedicado.

No es ya el murmurio del arroyo manso
 El que turba el silencio en la floresta
 Al correr por su lecho que tapizan
 Silvestres y olorosas madre selvas;

Las aguas, inquietándose, parecen
 Querer salir de su prision estrecha,
 Y el ruido de su empuje proceloso
 En el espacio con furor resuena.

Los argentados rayos de la luna
 Y el brillante fulgor de las estrellas,
 Se van perdiendo tras espesa nube
 Que el Bóreas trae en su veloz carrera.

Yace la gran Tenochtitlan dormida
 En medio de los lagos que la cercan,
 Donde flotantes huertos y jardines
 Perfumando la atmósfera navegan.

En el suntuoso alcázar que á cien reinos
 Muestra de Moctezuma la grandeza,
 El sabio emperador, señor de reyes,
 A igual descanso, sin temor, se entrega.

Se halla en su faz tranquila retratado
 El bienestar del alma satisfecha,
 Sin que una sombra de pesar anuble
 Las pátrias esperanzas que le alientan.

Dulce sonrisa agitase en sus labios.....
 Sueña quizás que tras de cruda guerra
 Nuevos Estados agregó al imperio
 Que con cabal aceptación gobierna.

Tal vez la bendicion de sus vasallos,
 Halagando su orgullo, grata llega
 Hasta él, y creyéndose despierto,
 Afable con los súbditos se muestra.

Veloz avanza el temporal. Las nubes
 Cubrieron ya la soledad inmensa
 Del firmamento, y sus vapores leves
 Mil visiones fantásticas semejan.

Truena, de pronto, el rayo resonante,
 Rasgando el seno de las nubes densas,
 Y de las formidables cataratas
 El agua se desprende con violencia.

La luz de los relámpagos alumbraba
 Con su vivo fulgor llanura y selvas,
 Dejando comprender cuán horrorosas
 Son de esas soledades las tinieblas.

Sigue en el regio lecho Moctezuma
 Entregado al descanso; pero aquella
 Dulce expresion que en su semblante habia,
 Reemplazada se ve por la tristeza.

¿Qué extraña agitación, qué sufrimiento
Vino á turbar la paz tan lisonjera
Del venturoso rey á quien no iguala
Ninguno en poderío ni en nobleza?

¿Por qué huyó de sus labios la sonrisa,
Reflejo fiel de halagadora idea,
Y contraídos por dolor oculto
Indicio dan de punzadora pena?

Un copioso sudor cubre su frente; T
Erizase su negra cabellera;
Fatigoso es su aliento, que interrumpe
Para dar paso á doloridas quejas;

Entreabre los párpados, y en torno
De sí la vista con terror pasea.
Luego con voz medrosa, balbuciente,
Así sus labios trémulos se expresan:

“¡Ahuizotl! ¡Ahuizotl! Piedad te pido....
No inhumano y cruel conmigo seas.
Basta ya de rigor... déjame solo,
Que es horrorosa muerte tu presencia.”

Luego, en el lecho se incorpora, y vuelve
Otra vez á caer, y se revuelca,
Presas de indescriptibles convulsiones
Que su cansado cuerpo al fin maceran;

Mas no recobra el sueño. A cada instante
Con voz confusa su clamor empieza,
Y “ten piedad de mí.... véte.... tu vista,
Inhumano Ahuizotl, me desespera.”

Así clama transido de quebranto;
Después su aliento recobrar intenta,
Y cual si fuera á entrar en la batalla,
Con un supremo esfuerzo se endereza.

Tiende en redor la vista rebuscando
La imagen que á su espíritu atormenta,
Y para ver mejor, ase convulso
La que arde en el salon rojiza tea.

Recorre apresurado el aposento,
Toca los muebles, las paredes tienta,
Y no hallando el espectro que le aturde,
Yergue valiente la viril cabeza.

De pronto, el estampido pavoroso
Del fiero rayo en los espacios truena,
Y á su fragor, como delgado junco
El alcázar magnífico retiembla.

Una ráfaga audaz del torbellino
Por el balcon cercano allí penetra,
Envuelve á Moctezuma, y apagando
La luz, en honda oscuridad lo deja.

En tal sazón, se escucha el estridente
Canto de un buho que la estancia llena
Con su voz, que es más triste que el llanto
De los cautivos en extraña tierra.

Era fama en Anáhuac (y aun hoy día
Hay quien abriga tan fatal creencia)
Que el canto melancólico del buho
Era de pronta muerte señal cierta.

Harto supersticioso Moctezuma,
Al escuchar el canto, se doblega,
Y cual hoja del árbol sacudida
Por el impulso de los vientos, tiembla;

Siéntese de terror sobrecogido;
Torna el espectro á ver que le amedrenta,
Y doblando en el suelo ambas rodillas,
Habla con ronca voz de esta manera:

“No hay piedad para mí! Los elementos
El cielo en mi redor desencadena:
Es en vano luchar contra el destino
Que nos arrastra con gigante fuerza.

“Por qué, por qué con implacable saña
Me persigues, oh sombra? En mi conciencia
Nada hay que me avergüence. Como bueno
A los dioses adoro; y satisfecha

“Dejo su voluntad, sacrificando
En sus aras las víctimas cruentas.
“Por qué si doy esplendoroso brillo
A las deidades que en el orbe imperan?

“Con impiedad cruel se me castiga
Haciéndome apurar hiel tan acerba?
Yo hago que cumpla con las leyes pátrias
El pueblo que me teme y me respeta;

“Doy impulso á las artes, y á la sombra
De mi gobierno, la nacion progresa.
He vuelto tributarios á los reyes,
Cuyo poder en armas y en riquezas

“Con respeto miró la Monarquía
En época anterior. He dado pruebas
De valor en la guerra, y de civismo
Cuando de paz el estandarte ondea.

“Por qué, pues, el destino despiadado
Contra mí se conjura y me presenta
De lúgubres visiones un conjunto
Que sangre y exterminio manifiestan?

“Si no hay clemencia para mí, si árados
Los dioses me abandonan, y en mi adversa
Suerte ninguno mis clamores oye,
Mejor la muerte á libertarme venga

“Del tormento cruel que debilita
Sin compasion mis varoniles fuerzas.”
Dice, y enderezándose, recorre
Con tardo andar la silenciosa pieza.

¿Qué espíritu, llenando su cerebro,
Le presta inspiracion? ¿Qué nueva idea
Le acomete de pronto, y le reanima
Desvaneciendo la vision funesta?

Cuando furioso el vendaval sacude
Los gigantescos pinos de la selva,
Parecen vacilar los gruesos troncos
Y como esbeltas cañas se doblegan.

Pasa la tempestad, y hasta las nubes
Sus empinadas cimas enderezan,
Y cual otros gigantes desafian
Del poderoso Olimpo la grandeza.

Así pasó con Moctezuma. Al verse
Juguete vil de los espectros, tiembla,
Clama piedad, y aun á la muerte invoca
En la alucinacion que le atormenta.

Pero deja de ver al fiero espectro;
Del buho el triste canto por fin cesa;
De los vientos no escucha el rebramido,
Y orgulloso recobra su soberbia.

Mas ¡ay! las olas de la mar bravía,
Despues que se apacigua la tormenta,
Aunque en pequeños rizos aparecen,
Muerte traidora en sus abismos llevan.

Tranquila surca la valiente nave
El sosegado mar, noche serena,
Cuando de pronto en ignorado escollo
La dura quilla con fragor tropieza.

Entónces se abre el casco de la nave,
Con poderoso empuje el agua entra,
Y en corto espacio destruccion y ruina
Del flotante edificio sólo queda.

¡Moctezuma infeliz! Preñada nube
Oscureció tu reluciente estrella.....
¡No hay piedad para tí! Tú lo dijiste.....
¡La maldicion de Dios sobre tí pesa!

El ave melancólica que canta
Para anunciar al desdichado azteca
De muerte la señal, alza de nuevo
Su acento aterrador en las tinieblas.

Allá, en el fondo de la estancia, pende
Colgado en la pared, que centellea
Por sus ricos dorados, el escudo
Del reino mexicano. Altiva, fiera

Una águila caudal despedazando
A un tigre, el bello escudo representa.
Siempre los mexicanos, de valientes,
De temerarios, dieron grande muestra.

De pronto se estremece el edificio,
Cual si poder ciclópeo lo moviera,
Y á impulso del audaz sacudimiento
Cae el escudo soberano en tierra.

Extraño ruido asorda los espacios;
Se envuelve en humo la morada régia,
Y el olor que despide la resina
Cuando se inflama, el aposento llena.

Una luz ténue, cual fulgor de luna
Que entre las hojas de enramada espesa
Suele pasar y alumbra suavemente,
Las sombras de la cámara despeja.

Ábrese el fuerte muro dando paso
A una espantosa aparicion, que lenta
Se dirige al lugar do Moctezuma
Lleno de horror y enmudecido tiembla.

Es ¡ay! la sombra de Ahuizotl terrible:
Muestra en su faz del alma la dureza:
Sus ojos son carbones encendidos
Que más que miran, despiadados quemán.

Su diestra mano empuña tosca espada
Hecha de dura y de pesada piedra,
Y de oro reluciente un rico escudo
Asegurado tiene en la siniestra.

El manto de los reyes, de sus hombros
Hasta cerca del pié, garboso cuelga,
Y la corona que llevara en vida
Ciñe su negra y larga cabellera.

El moreno color de su semblante
No existe ya: de piel amarillenta
Y rugosa se encuentra revestida
Su animada, espantable calavera.

Así que enfrente está de Moctezuma,
Que inmoble y aterrado lo contempla,
Le toca el hombro con la ruda espada
Y fija en él sus inflamadas cuencas.

Luego con ronca voz, cual si su acento
Del silbante aquilon el eco fuera
O el graznido monótono del buitre
Que sobre los cadáveres revuela,

Estas palabras le dirige, haciendo
Que el alma del monarca se estremezca:
"Necio mortal, el trono que ocupaste
Cuando dejé la vida pasajera,

“Va muy en breve á verse sacudido
 Por una audaz, desconocida fuerza.
 ¡Guay de los hijos del Anáhuac; sólo
 Esclavitud ó muerte les espera!”

Dice, y quitando la grosera espada
 Del hombro del mortal, la pone en tierra.
 Despues, dando á su acento el apacible
 Suave rumor que esparce en la arboleda.

Blando Favonio al agitar las hojas
 En noche de agradable primavera,
 Así agrega, piadoso reanimando
 Del noble Moctezuma la entereza:

“Yo venturoso tu poder miraba
 Desde el punto que tengo en la suprema
 Mansion adonde van los que dejaron
 Este lugar de duelo y de miserias.”

“Yo ví que á nuestros dioses inmortales
 Alzaste templos de eternal grandeza,
 Sacrificando en sus augustas aras
 Las víctimas que aplacan su inclemencia.

“Yo ví que tu gobierno ha dado impulso
 A la industria, á las artes y á las ciencias,
 Marchando la nacion, por su cultura,
 De todas las demas á la cabeza.”

“Yo ví que valeroso combatiste
 A las huestes rebeldes y altaneras
 Que su pendon en contra levantaron
 De la suprema ley que representas.

“Yo ví que en el Consejo decidiste,
 Al influjo feliz de tu elocuencia,
 Las cuestiones dificiles que dieron
 Origen á odiosísimas querellas.

“Yo ví tambien..... Mas ¡ah! ¿por qué decirlo,
 Si con sólo saberlo, mi soberbia,
 Que no reconoció jamas medida,
 Está de tus hazañas satisfecha?”

“Tú eres mi digno sucesor: tus hechos
 Dicen á grandes voces la excelencia
 De tu reinado, que será en la historia
 Asombro de la gente venidera.

“Tu pecho, empero, abriga los horrores
 De honda supersticion, que no te deja
 Desplegar el valor que necesitas
 En esta santa y colosal empresa.

“Mas ¡ay! por eso hiere el sufrimiento
 A mi inmortal espíritu que acierta
 A comprender el porvenir luctuoso
 Que á nuestra amada patria se le espera.”

“Por eso abandonando las regiones
 Donde la grata paz es sempiterna,
 Vengo hasta aquí para alentar tu pecho
 Y que el escudo de la patria seas.

“Óyeme, pues, ¡oh grande Moctezuma!
 De la superstición tu mente aleja,
 Y fuerte y decidido, á la batalla
 Tus valientes ejércitos apresta.”

Cesa Ahuizotl de hablar un breve espacio,
 Y pensativo y sosegado queda.
 En tanto Moctezuma, reanimarse
 Siente la sangre que se heló en sus venas

ohe
 Cuando el fantasma le tocara el hombro
 Con el extremo de la dura piedra.
 Despues aquel prosigue su discurso,
 Hablando así con indecible pena:

“Allá, muy léjos, tras los anchos mares
 Que son de nuestro suelo la defensa,
 Hay otros séres de la raza humana
 Que ignoraron hasta hoy nuestra existencia.

“En donde nace el sol tienen su imperio;
 Es vasta su instrucción, y la grandeza
 De su poder no cede á cuanto existe
 Debajo de las nítidas estrellas.

“Tienen blanca la faz como la nieve;
 De dorado color la cabellera,
 Y en sus ojos, azules como el cielo,
 El valor temerario centellea.

“Al mando de esforzados capitanes,
 Que aparecen cual genios de la guerra,
 Alcanzan en la lid fácil victoria
 Que da de su poder cumplida muestra.

“Tienen otras costumbres y otros usos
 Distintos de los nuestros. Su creencia
 Religiosa los hace intolerantes
 Con los que siguen religion diversa.

“Son valientes tambien..... ¿Cómo no serlo
 Si son hijos del sol, y donde quiera
 Un poder invisible los ampara
 Y muerte y riesgos de su lado aleja?

“Es fama que nacieron invencibles;
 ¿Y cómo no, si su potente diestra
 Arroja el rayo que exterminio y muerte
 Por donde pasa inexorable siembra?

“Es de un metal extraño su vestido
 Y en él resbalan las agudas flechas
 Que al duro corazon de las encinas
 De nuestros bosques vírgenes penetran.

“Al rumor de sonoros instrumentos,
Que los espacios infinitos llena,
Se aprestan al combate, y con bravura
Sostienen la batalla carnicera.

“Existen entre ellos unos séres
A los cuales dotó naturaleza
De diferente forma que á nosotros:
Son de más elevada corpulencia,

“Mas tienen la mitad de sér humano,
Siendo la otra mitad de rara bestia:
Su cuerpo se sostiene en cuatro remos
Que les da extraordinaria ligereza;

“Tienen dos brazos más, muy en lo alto,
Con los que armas mortíferas manejan.
Lo más fenomenal es que cada uno
De esos séres contiene dos cabezas:

“De hombre la superior, y la más baja
Es de animal, aunque garbosa y bella.
Estos informes séres en la lucha
Son más temibles que las mismas fieras,

“Pues donde quiera que el peligro asoma
Corren, vienen y van, se apartan, llegan,
Y sin cesar su destructora mano
Lastima, hiere y sin piedad degüella.”

Suspende el habla la vision, y en torno
De sí dirige la mirada inquieta,
Como buscando de enemigo oculto
La traidora y fatídica presencia.

Luego, con voz que muestra los distintos
Sentimientos de su alma, que se altera
A medida que va desarrollando
De su claro cerebro las ideas,

De la misma manera que se irrita
El arroyo que va por la pradera
Corriendo manso y que despues las aguas
Del cercano peñon su fuerza aumentan

Hasta el momento en que salvando el cauce
El campo extenso con fragor anega,
De esa suerte el espectro, modulando
La inflexion de su voz, así se expresa:

“Pero ¡ay! sobre el valor y la pujanza
De esos séres, maléfica descuella
La ambicion desmedida de tesoros,
La sed inagotable de riquezas.

“¿Por qué, por qué benignos nuestros dioses
Pródigos fueron con la vírgen tierra
Donde nacimos? ¿Nadie nos buscara
Si nuestra condicion humilde fuera!”

“El soberano rey de aquellos hombres
Es fuerte y poderoso, y su grandeza
En todos los lugares conocidos
De aquel mundo se teme y se respeta.

“Pues bien: aquellos séres superiores
A quienes de ambicion el ansia ciega,
Del encrespado mar las bravas ondas
Hacia acá en grandes barcas atraviesan.

“En nuestras playas hallaránse presto;
Te ofrecerán que su amistad sincera
Llegarás á obtener, si reconoces
De su señor la condicion excelsa.

“Guárdate, sin embargo, de escucharles;
No aceptes su amistad, que sólo encierra
El dulcísimo són de la lisonja
Que embriaga para herir con más firmeza.

“No amedrentes tu espíritu tampoco;
A la lucha prepárate, y desecha
Esa preocupacion que va á esparcirse
De que invencibles son en la pelea.

“Convoca tus ejércitos al punto;
Sin pérdida de tiempo armas apresta,
Y con todos los pueblos forma alianza
Para acudir á la comun defensa.

“No hay que desesperar de la victoria;
El triunfo te dará segura prenda
De libertad, y la derrota sólo
Traerá á la patria esclavitud eterna.

“¡Ah! no lo dudes, no. Cuando vencidos
Por la invasion nuestros guerreros sean;
Cuando en nuestros palacios portentosos
Ondule al viento la triunfal bandera

“Del extranjero audaz; cuando humillados
Sin fuerzas, sin valor, los pueblos tengan
Que abandonar sus plácidos hogares
Y ocultar en los montes su vergüenza;

“Entonces ¡ay! nuestras ciudades todas
Arrasadas serán; nuestras creencias
Escarnecidas; nuestros grandes templos
Derribados, y luego con soberbia

“Inconcebible, elevarán los suyos
Sobre sus mismas destrozadas piedras!
Y nuestros hijos andarán errantes
Por la espesura como viles bestias,

“Despues de haber perdido en la batalla
Su religion, sus leyes y su lengua,
Tal es ¡oh rey! el porvenir horrible
Que á nuestra cara patria se le espera.

“Ten, pues, valor y aparta de tñ mente
La ofuscacion; á prepararte vuela
Para vencer en la gigante lucha
A que te llama la fortuna adversa.

“No temas, no: mi aliento poderoso
Contigo irá cuando en la lid te veas.
Guárdate sólo de traidores pechos
Que al temible invasor la patria vendan.

“¡Guay de tí si cobarde huyes la lucha!
¡El trono perderás y la cabezal
¡Guay de los hijos del Anáhuac! ¡Sólo
Esclavitud ó muerte les espera!”

Cesa la voz, y de Ahuizotl la sombra
Desaparece al punto entre la densa
Atmósfera que envuelve el aposento.
Ensimismado Moctezuma queda,

Sin comprender si la vision fué parto
De su imaginacion calenturienta,
O existe en realidad ese peligro
Que su temible arrojo desconcierta.

En vano trata de encontrar alguna
Señal que indique la reciente huella
Del terrible Ahuizotl, cuyas palabras
Duras en sus oídos aun resuenan.

Mas nada ve que lo persuada. Todo
Cual siempre se halla en la morada régia.
Pasó la tempestad; el horizonte
De las cargadas nubes se despeja;

El céfiro las hojas acaricia
De las húmedas plantas; las estrellas
Con blanca luz alumbran del palacio
Del noble rey la construccion extensa.

Todo vuelve á la calma y al reposo;
Paz, silencio y quietud tan sólo reinan,
Y triste y pesaroso Moctezuma
De la cercana aurora el brillo espera.

